JUDGMENT

OF THE JUDGES

OF THE PREACHERS

OF THE NATIONS

OF THE POLITICIANS

OF THE FINANCIERS

OF SATAN'S ORGANIZATION

OF THE PEOPLES

JUICIO

de los jueces, de los predicadores, de las naciones, de los financieros, de los politicos, de la organización satánica, de la gente.

Una
Disertación Interesante
por
J. F. RUTHERFORD

PUBLICADO E IMPRESO POR
LA TORRE DEL VIGÍA
Avenida de Pablo Iglesias, 28
* * MADRID * *

PRÓLOGO

¿QUÉ es el juicio final? ¿Cómo sucede que el clero enseña que todos van al cielo o al purgatorio o al infierno al momento de morir, cuando la misma Biblia dice terminantemente que «Cristo Jesús juzgará a vivos y a muertos *al tiempo de su aparición y de su reino?»* ¿Cuándo somos juzgados, ahora o entonces? He aquí otra de las contradicciones de los credos «cristianos» que nos han confundido durante siglos. Este librito aclara el asunto y demuestra la justicia infinita de Dios. ¡Le traerá gran regocijo!

LOS PUBLICADORES

JUICIO

LA noche era excesivamente fría. Una pesada brisa azotaba la nieve y los que no se hallaban debidamente abrigados sentían frío hasta en los tuétanos. No había ninguna tienda abierta y en la calle nada ofrecía amparo de la furia de la tormenta. Sin embargo, a la vuelta había una iglesia que no solamente brindaba abrigo, sino que su cálida atmósfera la hacía un grato lugar para descansar. En el vestíbulo había una luz dando indicios de que su puerta estaba sín cerrojos.

Poco más o menos de una docena de personas hambrientas y mal trazadas se abalanzaron simultáneamente a la puerta de la iglesia para protegerse de la inclemencia y los peligros de la noche. Al llegar a ella entraron callada y ordenadamente. Los elegantes y bien tapizados asientos se hallaban ocupados por unas cuantas señoras de edad y algunos hombres que evidenciaban prosperidad. El servicio había comenzado ya. En la parte de atrás un joven se había sentado solo. Se encontraba en busca de conocimiento y pensaba que en esa iglesia podría aprender algo.

Ya se había cantado un himno, se había ofrecido la oración y se había tomado una colecta. El ministro había estado contando a su pequeña congregación las muchas e importantes cosas que la iglesia había llevado a cabo en conexión con la Guerra Mundial y la

elección de servidores públicos, como también las actividades en cuanto a poner en vigor la «ley seca».

Repentinamente se abrió la puerta entrando en el abrigado salón, una fuerte corriente de aire junto con nieve precediendo al grupo de harapientos que acudían en bussa de abrigo. El ministro hizo una pausa, miró con disgusto a los mal venidos visitantes que se acomodaban en los asientos de atrás destinados a los menos prósperos. Fijando sus ojos sobre esos desafortunados continuó mirándolos en silencio hasta que todos los ojos se tornaron en dirección de los recién venidos. Algunas de las mujeres que habían entrado no tenían cubierta la cabeza y su cabello estaba salpicado de nieve. Los hombres no tenían aspecto placentero. Habían sufrido afuera a causa de la tormenta pero ahora, al observar que no eran bien recibidos, se sentían bastante incómodos bajo la escrutinizadora mirada del ministro y de sus feligreses. El único que miró con compasivos ojos al grupo fué el joven que se había sentado a solas.

Al cesar la que parecía una interminable pausa, el ministro, fijando aún su mirada sobre los extraños visitantes en la parie de atrás, con mucha gravedad y con santimonia voz comenzó a hablar. Sus palabras fueron más o menos las siguientes:

«El juicio de Dios está en contra suya. La tormenta les ha obligado a dejar la calle. Han entrado aquí en busca de abrigo y protección. No han venido ustedes aquí con la intención de hacer algo en provecho de la sociedad ni del gobierno. Han entrado solamente por-

que les ha obligado esta tormenta del cielo. Muy pronto las tormentas del infierno estarán azotando sus desnudas almas y se encontrarán en medio de un calor del que nunca podrán escapar. En ese lugar de angustia, el fuego nunca se apaga y el gusano nunca muere. Les exhorto a que escapen de la ira de Dios mientras haya manera. Vayan a buscar trabajo. Ahorren dinero y vengan aquí a pagar sus votos y obligaciones a la iglesia. Que el juicio de esta noche que les ha obligado a buscar asilo en este sagrado recinto les sirva de lección para que huyan de la ira de Dios por venir. El viene a ejecutar juicio sobre los impíos. Tengan cuidado. Solamente la iglesia puede prestar ayuda, pero a ustedes les toca hacer su parte.» Luego, con una voz de asumida caridad, el ministro añadió: «Pasemos ahora a juntar la ofrenda de plata para las misiones extranjeras.»

Después de darse la bendición, los favorecidos de esa congregación se juntaron alrededor de su ministro para congratularlo por sus apropiadas palabras de admonición a esa pobre gente que tan intempestivamente habían interrumpido el servicio. Mientras esto se hizo, los acomodadores se encargaron de despachar tan rápidamente como fué posible a los mal forjados y hambrientos visitantes. Estando todavía agrupados en la puerta afuera, algunas de las mujeres de entre el grupo preguntaron: «¿Piensan que éste es el comienzo del juicio de Dios en contra nuestra? Si esta tormenta es el comienzo, ¿qué será el infierno?»

El joven que ya hemos mencionado siguió al grupo

de los desafortunados. Se fijó en sus malicentos rostros y temblorosos cuerpos, y se apercibió de su angustia mental y corporal. Se dispersaron en las tinieblas y el joven se apresuró a su alojamiento. En el camino no cesó de hacerse las preguntas: «¿Representará ese ministro a Dios? ¿Será esa iglesia la iglesia del Dios de amor? Esos hombres y mujeres parecen ser muy pobres, ¿acaso el juicio de Dios estará de una manera especial en contra de los pobres? ¿Acaso no es la Biblia la Palabra de Dios, su Palabra de Verdad? ¿No dice la Biblia que Dios es amor? ¿Cómo puede ser entonces que esa iglesia representa a Dios?» Y desde ese momento resolvió hacer un estudio cuidadoso de la Biblia para poder discernir el significado del día del juicio, quiénes serán juzgados y cuál será el resultado para los que sean juzgados. Lo que él aprendió en la Biblia se describe en las páginas siguientes. Lo que se dice es la verdad por cuanto se toma de la Palabra de Dios.

Definiciones

Juicio: Juicio significa un formal decreto judicial, dado, pronunciado, o registrado por una autoridad teniendo jurisdicción. Un juicio se da o pronuncia por un juez.

Juez: Un juez es alguien que judicialmente pronuncia una sentencia o da un juicio. Tiene que encontrarse investido de poder y autoridad para hacer tal cosa.

Legal: Los juicios pueden ser pronunciados legal o ilegalmente. El que, sin autoridad, asume la tarea de rendir juicio, lo hace ilegalmente. Un juicio legal se da por

un juez plenamente habilitado, después de habérsele presentado los hechos, y después de haber considerado y aplicado esos hechos para medirlos con la ley. El juicio dado por quien no tiene autoridad o jurisdicción es nulo y nadie está obligado a obedecerlo. Un juicio pronunciado por alguien con poder o autoridad es válido.

Punto en cuestión: El punto en cuestión, en lo que toca al juicio, quiere decir el punto o materia que está en disputa y que se somete a juicio para determinación. El punto en cuestión puede ser afirmado por alguien y negado por otro. Los derechos de las partes en disputa son juntamente considerados y determinados por el juez que ventila el asunto. Cuando alguna persona está siendo juzgada ante una corte y el punto en cuestión es ver si ha desobedecido o no la ley, se presentan los hechos, y luego la ley se aplica a éstos y en seguida viene la sentencia.

Vista: La vista o presentación de los hechos tiene que preceder a la sentencia. Por lo tanto, se saca en consecuencia que no puede haber una sentencia justa sin que se haya examinado la causa.

Jehová Dios es el gran Juez sobre todos. Toda legítima autoridad procede de Él. Él tiene poder y jurisdicción sobre todo caso y, por lo tanto, El puede delegar ese poder, autoridad y jurisdicción a quienquiera que El desee. El es el Juez Supremo. «Porque Dios mismo es el Juez.» (Salmo 50:6).

Dios es justo y misericordioso. «Justicia y juicio son el asiento de tu trono; misericordia y verdad irán delante de tu rostro.» (Salmo. 89:14). «La ley de Jehová

es perfecta... Los juicios de Jehová son verdad y enteramente justos.» (Sal. 19:7-8). Por lo tanto, Dios da a toda criatura una justa vista de causa antes de rendir su fallo. Sus juicios son imparciales. «No hagáis excepción de personas en el juicio; al pequeño oiréis lo mismo que al grande... porque el juicio es de Dios.» (Deut. 1:17). De este modo Dios ofrece a todos un justo examen de causa. «¿Acaso nuestra ley juzga a nadie sin oir primero de parte de El, y saber lo que hace?» (Jn. 7:51).

Cristo Jesús es el Juez

Después de la consagración de Jesús, al tiempo de su bautismo en el Jordán, Jehová Dios lo señaló y ungió como el gran Juez. Eso quiere decir que Jehová Dios delegó a su amado Hijo el poder y autoridad y la jurisdicción de oir y juzgar a todas las criaturas. Al tiempo de su resurrección Jesús fué investido de todo poder y autoridad en los cielos y en la tierra. (Mat. 28:18). Concerniente a él está escrito: «Porque el Padre no juzga a nadie, sino que todo juicio lo ha dado al Hijo,» (Juan 5:22). Al debido tiempo todos tendrán que comparecer ante el tribunal de Cristo. (2 Cor. 5:10). Procediendo como el oficial ejecutivo de Jehová, Jesús rendirá su juicio en pleno acuerdo con la voluntad de Dios.

Jurisdicción: El significado literal de la palabra jurisdicción es «el derecho de decir.» Quiere decir el derecho, poder y autoridad de oir y de determinar la causa bajo consideración, y el ejecutarla. Por supuesto que el tiempo es un elemento importante en este a unto por

cuanto hay un debido tiempo para oír y determinar las causas de accion. El hecho de que Cristo Jesús fué investido de poder y autoridad en un tiempo determinado no quiere decir que inmediatamente entraría en ejercicio de su autoridad. Jehová Dios ha fijado un debido tiempo para oir y determinar todo asunto. Cuando una corte entra en sesión es el debido tiempo para el exámen de una causa. Antes de que Jehová Dios, el gran Juez Supremo, delega poder y autoridad a otros para actuar como jueces, los pone a prueba o juicio. Pasaremos ahora a considerar ese juicio.

Juicio de los jueces

Puesto que toda autoridad procede de Jehová Dios, Él tiene la facultad de delegar poder y autoridad a otros. Esto lo hace después de una prueba o juicio de los que nombra como jueces. El amado Hijo de Dios fué su agente activo en crear todas las cosas. Luego fué hecho carne y habitó entre nosotros, en la tierra, para que pudiera llegar a ser el Redentor del hombre por medio de su plena obediencia a la ley de Dios. (Jn. 1:14-29). En el Jordán él hizo un pacto con Dios de hacer su voluntad, lo cual implicó que sería obediente a la expresada ley de Dios. En ese entonces Dios hizo un pacto con Jesús de que lo haría Juez y Gobernante de toda la creacion. Pero antes de que le fuera conferida por completo esa autoridad, tendría que ser sometido a una prueba y mostrarse digno. Por tres años y medio Jesús estuvo sujeto a las pruebas más severas, las cuales trajeron sobre él mucho sufrimiento. Apren-

dió la obediencia por medio de las cosas que sufrió. (Heb. 5:8). El se hizo «obediente hasta la muerte, y muerte (ignominiosa) de cruz. Por lo cual Dios también lo ha ensalzado soberanamente, y le ha dado nombre que es sobre todo nombre.» (Fil. 2:8-11). El fué sometido a prueba por Jehová y luego hecho juez sobre toda otra criatura para oir, y rendir juicio al debido tiempo de Dios. Esto incluye el poder y autoridad para juzgar a sus jueces asociados, y también para juzgar al clero, a las naciones, a los financieros, a los políticos, a la organización satánica y a toda la gente, incluso los vivos y los muertos.

Dios ideó que Jesús tuviera asociados con él una pequeña compañía tomada de entre los hombres, y quienes al debido tiempo participarían con él en el juicio. Cada uno de éstos tiene primeramente que comprometerse por completo a hacer la voluntad de Dios, lo cual implica consagración, y luego cada uno tiene que ser puesto a prueba y mostrarse fiel y leal a Dios y a Cristo. Jesús dijo a sus discípulos que por cuanto habían sido fieles a él en sus tribulaciones participarían con él en su reino y en su trono de juicio. (Luc. 22:28-30).

A los que se comprometen a ser sus seguidores dice Jesús: «Y al que venciere y guardare mis obras hasta el fin, le daré autoridad sobre las naciones.» (Apoc. 2:26-3:51). También está escrito: «¿No sabéis que los santos han de juzgar al mundo?» (1 Cor. 6:2). Desde el momento en que uno llega a ser un seguidor de Cristo hasta su muerte, se encuentra en prueba. El juicio final concerniente al tal se da por Cristo Jesús a la venida a su templo. (Mal. 3:1-3; 1 Ped. 4:17; Sal. 11;4-5).

Dios hizo al hombre para la tierra y no para el cielo. Solamente los que son fieles hasta la muerte en hacer la voluntad de Dios serán parte del reino celestial. Jesús dijo que no todos los que dicen: ¡Señor! ¡Señor!, entrarán en el reino, sino los que hagan la voluntad de su Padre. (Mat. 7:21). Estos serán jueces asociados con Cristo en parte de su tarea de juicio.

Juicio de los predicadores

La regla de acción o ley en que se basa el juicio está escrita en la Biblia, la cual es la Palabra de Dios. Todos los juicios que sean justos tienen que ser dados en pleno acuerdo con ella. Por esta razón los estudiantes de la Biblia pueden determinar, al considerarla, cuál será el juicio del Señor. Cristo Jesús da el decreto o juicio, pero sus seguidores tienen que ver algo con él. (Sal. 149:8-9). Ha llegado el debido tiempo para el juicio y, por lo tanto, la persona que está dedicada a Dios puede estudiar el asunto y entenderlo.

Los predicadores o clérigos pretenden haberse comprometido a hacer la voluntad de Dios. Pretenden representarle a Él y a Cristo. Entre ellos ha habido algunos hombres buenos y muchos que no lo han sido. Una persona es buena solamente cuando está por completo dedicada a Dios. Dios llama a los que son verdaderamente hijos suyos, sus «atalayas» o vigilantes. A causa de que los predicadores se presentan ante la gente como representando a Dios y como hijos suyos, Dios hizo que su profeta, al escribir concerniente a ellos, los llamara atalayas. Estos hombres pretenden conocer la

verdad. Por lo tanto están en prueba o juicio como predicadores o pretendidos representantes del Señor.

Los predicadores infieles, pasando por alto la Palabra de Dios, han servido sus propios intereses. Han aprovechado sus congregaciones para adelantar sus planes. Aman el honor de los hombres y buscan su comodidad personal, cada uno de ellos esperando que la congregación supla sus deseos. Concerniente a los tales, el profeta de Dios escribió: «Los atalayas de Israel son ciegos todos ellos; nada saben; todos ellos son perros mudos; no pueden ladrar; soñadores, echados en tierra, amantes del sueño. Además, los perros son comilones, no conocen la artura; también los mismos pastores nada saben de inteligencia, todos ellos se apartan por su propio camino; cada cual va tras su ganancia, sin excepción alguna.» (Isa. 56:10-11).

Muchos de los miembros del clero o predicadores han juntado sus fuerzas con los políticos profesionales en sus esfuerzos por exaltarse a sí mismos, perdiendo de vista de este modo la Palabra de Dios. Ellos favorecen a los ricos y a los que tienen influencia porque calculan que ese proceder es en provecho suyo. Por eso tienen como favoritos o como principales del rebaño a los miembros influyentes y ricos. Ponen a los ricos en los asientos principales y a los pobres, por temor de que se disgusten los ricos y redunde en perjuicio del ministro o sacerdote, los arrinconan de cualquier modo. Ellos en verdad no aman a Dios y sirven tan sólo con la boca al hablar con asumida piedad y afectada gravedad. Esos tales se encuentran ebrios con las ense-

ñanzas del mundo tales como la teoría de la evolución, los grandes éxitos alcanzados por los hombres, y lo que ha llevado a cabo su organización eclesiástica. «Deteneos y maravilláos; gozáos y cegáos. Ebrios están, mas no con vino; tambalean, mas no a causa de licor fermentado. Porque Jehová ha derramado sobre vosotros el espíritu de sueño profundo, y os ha cerrado los ojos, a saber, los profetas; y ha cubierto vuestras cabezas, es decir, los videntes. Y así toda visión os ha venido a ser como las palabras de un libro sellado, que se le da a uno que sabe leer, diciendo: «Ruégote me leas esto; y él responde: No sé leer. Dice pues el Señor: Por cuanto este pueblo se me acerca con su boca, y con sus labios me honran, pero alejan de mí su corazón, y su temor de mí es sólo un mandamiento de hombres, cosa que se les ha enseñado; por tanto yo volveré a obrar maravillosamente con este pueblo; cosa asombrosa y maravillosa voy a hacer; y perecerá la sabiduría de sus sabios, y la inteligencia de sus entendidos desaparecerá.» (Isa. 29:9-14).

Los miembros de la clase clerical pretenden representar a Dios y se dan a sí mismos el nombre de «pastores del rebaño», o de la congregación que dirigen. Pero no se esfuerzan por alimentar a la congregación con el propio alimento, que es la Palabra de Dios. Los intereses de ellos se reconcentran en ellos mismos. Por eso Dios los compara con pastores que, a causa de su egoísmo, descuidan el rebaño. Concerniente a esos pastores, Dios hizo que fuera escrito en su Palabra: «Así dice Jehová el Señor: ¡Ay de los pastores (predicadores)

de Israel, que se apacientan a sí mismos! ¿acaso no deben los pastores (predicadores) apacentar las ovejas? Coméis lo gordo, y os vestís de la lana, y degolláis lo cebado; mas no apacentáis el rebaño. A las débiles no habéis corroborado, a las enfermas no habéis curado, a las perniquebradas no habéis vendado, a las dispersas no habéis hecho tornar al redil, a las perdidas no habéis buscado; sino que con fuerza las habéis regido, y con rigor. De esta suerte fueron dispersadas por falta de pastor; y han venido a ser comida para todas las fieras del campo, y se han dispersado. Mis ovejas andan errantes por todas las montañas, y sobre todo collado alto; y por toda la haz de la tierra van dispersas mis ovejas y no hay ninguno que las busque, ni quien inquiera acerca de ellas. Por tanto, oh pastores (predicadores) oíd el oráculo de Jehová . . . Así dice Jehová el Señor: He aquí que yo estoy en contra de los pastores (el clero); y demandaré mis ovejas de la mano de ellos, y haré que cesen de apacentar mis ovejas; ni tampoco se apacentarán más los pastores (predicadores) a sí mismos; pues libraré mis ovejas de su boca, y no servirán más de comida para ellos.» (Eze. 34:2-7,10).

Al leer estas palabras del profeta de Dios recuerde ese pequeño grupo de pobres que fueron a la iglesia a buscar asilo y protección en la tormentosa noche que mencionamos al comenzar este folleto. Recuerde lo listo que en esa noche estuvo el clérigo para complacer a los miembros de su congregación que podían pagar un buen asiento.

El clero ha asustado a la gente, aseverándoles falsa-

mente que Dios los va a consignar a un purgatorio por un largo período de tiempo, o que los va a mandar a un lugar de tormento eterno. Han dicho a la gente que toda criatura humana tiene un alma que no puede morir y la que, al ir al infierno, sufrirá sin que pueda ser mitigado su dolor. Estas averiguaciones son falsas y Dios las llama mentiras. Él dice que no ha autorizado a nadie a que diga tales cosas en su nombre, haciéndolo aparecer como un demonio y que ni siquiera ha pensado el inicuo proceder de torturar a sus criaturas. (Jer. 32:35). «Jehová pues me respondió: Los profetas (los predicadores) profetizan mentiras en mi nombre, no los he enviado, y nada les he mandado decir, ni siquiera les he hablado; visión mentirosa, y adivinación, y una nada, y el engaño de su mismo corazón, es lo que ellos profetizan.» (Jer. 14:14). Dios ha decretado un tiempo de angustia, el cual destruirá la inicua organización que oprime a la gente. Los predicadores niegan esto y Dios les dice: «Por tanto así dice Jehová respecto de los profetas (predicadores) que profetizan en mi nombre sin que yo los haya enviado; sino que ellos mismos dicen ¡Ni espada ni hambre ha de haber en la tierra! ¡A espada y por hambre morirán los tales profetas! (predicadores)» (Jer. 14:15).

Los ricos e influyentes de las denominaciones eclesiásticas son los «principales» del rebaño o congregación, y son los que indebidamente influyen al predicador o pastor. Esos predicadores gozan de suculentos pastos. Por supuesto que los «principales» o mayorales del rebaño pagan gustosos al predicador, pensando

que al hacer eso recibirán absolución y gozarán de inmunidad por sus hechos injustos. Con respecto a los tales Jehová dió el siguiente decreto: ¡Aullad, oh pastores, y clamad; y revolcáos oh mayorales del rebaño! porque cumplidos son los días determinados para vuestro degüello; y os dispersaré, y caeréis como un vaso precioso. Y los pastores (predicadores), no tendrán a dónde huír, ni los mayorales del rebaño a dónde escapar. ¡Escuchad la voz del clamor de los pastores, y el aullido de los mayorales del rebaño; porque Jehová ha asolado su dehesa!» (Jer. 25:34-36),

En estos días el clero es el que opone a todos los que se esfuerzan en enseñar a la gente las claras verdades de la Biblia. No quieren que la gente se entere de la verdad, por cuanto sería un obstáculo a su injusto curso. Durante la Guerra Mundial hicieron que muchos fieles cristianos fueran aprisionados y hasta azotados por el solo delito de decir la verdad. Jesús llama a sus fieles seguidores sus «hermanos» y los reputa como parte de su misma persona, por cuanto son miembros de su cuerpo. (Heb. 2:11).

Muchos libros que explican la Biblia y que hacen entendible la Palabra de Verdad han sido juntados por los predicadores para quemarlos. Estos predicadores se pavonean, dándose ínfulas de sabios y hacen presente a la gente que no deben leer nada con referencia a la Biblia a menos que tenga la aprobación de ellos. El Señor dijo una parábola en la que comparó a esos miembros de la clase clerical con cabras por cuanto hacen a un lado todo lo que estorba a su egoísmo. Los

tales pretenden ser hijos de Dios, pero en efecto son hijos de Satanás el Diablo. (Jn. 8:42-44). Concerniente a ellos dice Jesús en la parábola: «Fui extranjero, y no me hospedasteis; desnudo, y no me vestisteis; enfermo y en la cárcel estuve, y no me visitasteis. Entonces ellos también responderán diciendo: Señor, ¿Cuándo te vimos hambriento, o sediento, o extranjero, o desnudo, o enfermo, o en la cárcel, y no te hemos servido? El entonces responderá, diciendo: En verdad os digo, que en cuanto no lo hicisteis a uno de los más pequeños de éstos (mis hermanos) ni a mí lo hicisteis. Y éstos irán al castigo eterno; pero los justos a la vida eterna.» (Mat. 25:43-46).

Juicio de las naciones

Dios organizó a los judíos como nación y con ellos hizo un pacto, ofreciéndoles vida si guardaban ley. Esa nación entró a prueba o juicio, y como fué infiel a su pacto, Dios pronunció un juicio en contra de ellos y les quitó el derecho de gobernar. (Eze. 21:24-27). El rechazó a los israelitas y permitió que fuera destruída su organización nacional. Por supuesto que al debido tiempo concederá a los judíos un juicio individual.

Después de ser rechazada la nación de Israel, Dios permitió a los gentiles el tener absoluto dominio sobre la tierra. El puso al alcance de esas naciones suficiente conocimiento para que se apercibieran de que El es el único y verdadero Dios. De ese modo las naciones gentiles fueron puestas a prueba para que intentaran establecer un gobierno deseable. De entre esas naciones un

buen número adoptó una religión a la que se le dió el nombre de religión cristiana y desde entonces llevan el nombre de naciones cristianas. Vemos, sin embargo, que los gobernantes de las naciones de la tierra son todo menos seguidores de Cristo. Cristo Jesús es el «Príncipe de Paz», y repitió el mandamiento de su Padre: «No matarás». Cuando la Guerra Mundial, las naciones de la tal llamada Cristiandad o «cristianismo organizado», a más de ocuparse en pelear, pasaron leyes obligando a la gente a ir a pelear y a matar. Nadie pudo presentar una aceptable razón en cuanto al porqué de esa guerra. Y en tanto que la contienda seguía adelante, las naciones se aprovecharon de las condiciones para poner sobre la gente mayores cargas en forma de leyes injustas, aumentándoles en gran manera los impuestos y obligaciones, contrarios a la justicia.

Es bien sabido por todos que las leyes de las tal llamadas naciones cristianas son puestas en vigencia con gran parcialidad. Los ricos e influyentes se libran de los castigos a que se hacen acreedores por la violación de la ley, en tanto que se aprovechan de esas mismas leyes para oprimir a los menos afortunados. Una persona pobre no puede esperar mucho ante una corte. El proceder de las nacionss cristianas no es justo. Esas naciones están gobernadas por los negociantes en gran escala, los astutos políticos y predicadores egoístas. Todos ellos se han olvidado de Dios y se han ido en dirección de la evolución y de la tal llamada ciencia. Concerniente a los tales, Dios ha decretado: «Se volverán los inicuos al infierno y todas las naciones que se

olvidan de Dios.» (Sal. 9:17). «Infierno» en este texto no quiere decir tormento eterno, sino la cesación de la existencia. Estas naciones dejarán de existir.

Las tal llamadas naciones cristianas se encuentran hoy día armadas hasta los dientes, porque temen algún inesperado ataque de parte de alguna de ellas mismas. Dios preconoció las condiciones que existirían en este tiempo y las predijo por medio de sus profetas. Fueron las tal llamadas naciones cristianas las que formaron la Liga de Naciones, la que pretende ser la expresión política del reino de Dios en la tierra. Los predicadores se han esforzado en que algunos de los verdaderos cristianos acepten esa alianza. Sobre este particular dice la Palabra de Dios: «Por tanto esperadme a mí, dice Jehová, hasta el día que me levante a la presa: porque es mi propósito reunir las naciones y juntar los reinos, para derramar sobre ellos mi indignación, es decir, todo el ardor de mi ira; pues con el ardor de mis celos será devorada toda la tierra.» (Sof. 3:8). «Y al que venciere y guardare mis obras hasta el fin, le daré autoridad sobre las naciones; y las regirá con vara de hierro; como vasos de alfarero serán desmenuzadas; así como yo también he recibido de mi Padre.» (Apoc. 2:26-27). Y también dice la Palabra de Dios: «Empero en los días de aquellos reyes, el Dios del cielo establecerá un reino que nunca jamás será destruído, y el reino no será dejado a otro pueblo, sino que desmenuzará y acabará con todos aquellos reinos, en tanto que él mismo permanecerá para todos los siglos.» (Dan. 2:44). Dios está ahora estableciendo su reino o nación por cuyo medio

vendrán sus bendiciones a todos los que le obedezcan. (Gén. 22:18).

Juicio de los financieros

En la Palabra de Dios está escrito: «Porque raíz de toda suerte de mal es el amor al dinero; al que inspirando algunos, se han desviado de la fe, y a sí mismos se han traspasado con muchos dolores.» (1 Tim. 6:10). Los que dominan el dinero del mundo se conocen con el nombre de financieros. Ellos se enriquecen manipulando lo que otros producen. Estos hombres, por lo regular, poseen una inteligencia superior. Saben algo de Dios y hasta algunos de ellos conocen en parte su plan. Su amor al dinero y su deseo de abarcar todo y de dominar sobre todo, los ha convertido en opresores de la gente. Algunos de ellos han llegado a ser egoístas al extremo de que la vida humana no les es sagrada, sino que les es contada como una cosa de poco valor.

Estos hombres han formado y puesto en operación lo que se conoce con el nombre de corporaciones. Esos poderes organizados se usan como medios para oprimir a la gente. Los que se aprovechan de ellas se aperciben de que no están haciendo lo que es justo. Si alguien sirve de tropiezo a esos sistemas organizados para evitar el llevar a cabo sus fines egoístas, no vacilan en emplear criminales profesionales para que remuevan el estorbo. Si alguien presenta algun invento de importancia y los financieros creen que es para provecho de sus corporaciones, buscan la manera de defrau-

dar al inventor, aprovechándose del fruto de sus labores.

Los que cultivan la tierra, a gran costo y con mucho trabajo, producen sus cosechas, pero el precio de ellas se fija por las corporaciones sin conciencia. Estas amontonan sus mal adquiridas ganancias, pensando en que por medio de ellas se librarán del gran tiempo de angustia. Un número aproximado de doscientas ochenta personas dominan las grandes corporaciones y el poder monetario de los Estados Unidos, y cada uno de ellos tiene ingresos anuales de más de un millón de dólares. En los Estados Unidos hay más de ciento diez millones de personas, la mayor parte de las cuales se encuentran en circunstancias ordinarias. Hay una enorme diferencia entre el número de los ricos y los que no lo son.

Es muy común ahora oir a la gente quejarse en contra de sus opresores. Dios oye esos gemidos y a su debido tiempo arreglará las cosas. En su Palabra ha anunciado su juicio en contra de los que son responsables de esos clamores. Está escrito: «¡Ea ahora, oh ricos, llorad y aullad a causa de las miserias que están por venir sobre vosotros! ¡Vuestras riquezas están corrompidas, vuestras ropas roídas están de polilla! ¡Vuestro oro y vuestra plata están enmohecidos, y el orín de ellos servirá de testimonio contra vosotros y consumirá vuestras carnes como fuego! ¡Habéis juntado tesoro para los últimos días! ¡He aquí que el jornal de los trabajadores que han segado vuestros campos, el cual ha sido detenido fraudulentamente por vosotros, clama; y

los clamores de los segadores han entrado en los oídos del Señor de los Ejércitos! Habéis vivido muellemente sobre la tierra; habéis cebado vuestros corazones como en un día de degüello. Habéis condenado y muerto al justo, y él no os hace resistencia.» (Sant. 5:1-6).

Las corporaciones crueles y opresivas, organizadas y puestas en operación por unos cuantos hombres egoístas, son comparadas por el Señor con un feroz león entre corderos indefensos. Los pobres se encuentran impotentes en contra de esos alevosos leones. Cuando Dios ejecute sus juicios en contra de las grandes corporaciones su fuerza será destruída y dejarán de oprimir a la gente. El gobierno de Dios bajo Cristo, el gran Juez, el que se encontrará entonces en operación en la tierra, impedirá las malévolas operaciones de esos sistemas simbolizados por los leones. «Ningún león estará allí ni bestia feroz subirá por él ni será allí hallada; mas los redimidos andarán allí.» (Isá. 35:9).

Juicio de los políticos

A los que gobiernan a la gente puede apropiadamente dárseles el nombre de políticos, y los que de entre ellos ocupan un puesto público y se encargan de que redunde en su propio provecho, son políticos profesionales. Estos constituyen parte de los poderes visibles que dominan a la gente. Los gobernantes también llevan el nombre de príncipes. Durante las campañas políticas los que buscan oficio prometen mucho a la gente, pero una vez elegidos olvidan todas sus promesas. Jehová menciona a los tales en su Palabra. «Cuál león

rugiente y oso hambriento, es el inicuo que gobierna a un pobre.» (Pro. 28:15). «El príncipe falto de entendimiento es también un gran opresor.» (Prov. 28:16).

Los grandes políticos u hombres de estado se juntan de vez en cuando para determinar lo que sea de mayor provecho para sus respectivos países. Una de esas conferencias se llevó a cabo en París en 1919. Aun cuando Dios había suministrado la prueba de que había llegado el tiempo para que su justo Hijo comenzara su reino y estableciera justicia en la tierra, estos políticos o gobernantes tomaron consejo en contra de Jehová y de su Ungido: «Estarán en pie los reyes de la tierra, y príncipes consultarán a una, contra Jehová, y contra su Ungido, diciendo: Rompamos las coyundas de su yugo, y echemos de nosotros sus cuerdas.» (Sal. 2:2-3).

Luego Jehová pronuncia su juicio en contra de ellos y los amonesta en cuanto a lo que deben hacer: «Entonces les hablará en su ira, y en su ardiente indignación los conturbará. Dirá: ¡Empero yo he constituído mi Rey sobre Sión, mi santo monte! . . . Los quebrantarás con vara de hierro; como vaso de alfarero los desmenuzarás.» (Sal. 2:5-6:9). Los mismos resultados se dejan ver en el juicio de Dios anunciado por Jeremías 51:22-23.

Hablando algo más con respecto a su juicio sobre los tales, y de la justicia de su propio gobierno, el Señor dice: «Jehová ha hecho pedazos la vara de los inicuos, y el cetro de los que tenían el dominio.» (Isa 14:5). Entonces los gobernantes que han gobernado injusta-

GOBIERNO

POR EL JUEZ RUTHERFORD

— ••• —

Hoy dia se admite libremente por todas partes que los caudillos actuales han fracasado. Los estadistas y politicos más conocidos abogan soluciones, remedios, «caminos hacia la prosperidad»; todo con igual éxito: el agudizamiento creciente de la crisis. Los financieros son igualmente impotentes. No es más afortunado el clero, cuyas declaraciones muestran que no pueden orientarnos tampoco. Ahora lea en este libro lo claramente que todas estas cosas fueron predichas por Dios en la Biblia y como la tribulación y perplejidad actuales no son más que las señales de que ha llegado el debido tiempo de Dios para establecer Su Reino, el cual traerá paz, prosperidad, salud y felicidad para todos los obedientes aquí mismo en la tierra.

Empastado en tela,
con hermosas láminas en colores, 336 páginas
3 PESETAS

La Torre del Vigia Apartado 321, **Madrid**

mente y que han usado su puesto en provecho propio, cesarán eternamente.

Juicio de la organización satánica

Satanás el Diablo es el enemigo principal de Dios y de los hombres. Antes de ser inicuo su nombre era Lucero y era una hermosa criatura, desempeñando ciertas funciones, autorizado por Dios como el invisible guía del hombre. Entonces se encontró a prueba ante Dios, llegando a rebelarse y haciéndose culpable de traición a Dios y reo del delito de homicidio en contra de Adán y de la raza humana. Inmediatamente en seguida de su rebelión Dios anunció cuál sería su juicio final en contra de Satanás. (Eze. 28:14-19).

La «simiente de la promesa» es Cristo. Dios declaró que al debido tiempo ejecutaría su juicio en contra de Satanás y que esto se haría por medio de su amado Hijo Cristo Jesús. (Heb. 2:14; Apoc. 20:1-3). A Satanás se le dió libertad en tanto que llegaba el debido tiempo de Dios para ejecutar su juicio en contra de él. Dios permitió esto para dar a sus demás criaturas la oportunidad de escoger a quien servirían. Satanás el Diablo se propuso formar su propia organización. El sedujo a una gran cantidad de ángeles del cielo y los hizo parte de su organización. (Efe. 6:12). Organizó grupos de hombres y los indujo a que hipócritamente se llamaran por el nombre de Dios. (Gén. 4:26). El organizó la gente de Babel, poniendo a Nimrod como gobernante visible e hizo que tuvieran el nombre de Nimrod en mayor estima que o «antes del nombre de Jehová» (Gén. 10:8-12).

Después Egipto fué organizado en un gobierno, siendo Satanás su invisible sobrestante. En seguida vino el imperio de Asiria como poder mundial y Satanás fué también el dios de esa nación. Cuando los israelitas fueron privados del favor de Dios y se permitió a las naciones gentiles que tuvieran el pleno dominio de la tierra, Satanás llegó a ser el gobernante invisible o dios de todas las naciones de la tierra (Mat. 4:8-9; 2 Cor. 4:3-4).

En todo tiempo la organización satánica ha empleado tres elementos visibles entre los hombres para gobernar a la gente. Esos elementos son: Primero: El elemento comercial, el cual tiene y domina el dinero y el comercio de la tierra. Segundo: El elemento político o sean los hombres de estado que hacen y ponen en vigor las leyes. Tercero: El elemento religioso que se aprovecha de la superstición de la gente para inducirlos a someterse a los poderes gobernantes, enseñándoles que el dejar de obedecer las enseñanzas de los predicadores o de la iglesia resultaría en tormento eterno para ellos.

Roma fué el sexto poder en la lista de poderes mundiales formados y gobernados por Satanás. En un principio Roma fué pagana en lo que a religión toca. Luego esa nación adoptó ciertas formas, les dió el nombre de cristianismo y formó la «religión cristiana». El elemento eclesiástico formó una parte bastante influyente de ese poder mundial.

Algunos de los países de Europa se rebelaron en contra de Roma, y entonces comenzaron a formarse las

llamadas religiones protestantes. No hay la menor duda de que mucha gente sincera y buena abrazó la fe protestante. Sin embargo, no pasó mucho tiempo sin que el Diablo, usando como instrumentos el capital y los políticos profesionales, lograra dominar a la iglesia protestante.

La Gran Bretaña, los Estados Unidos y otras naciones pretenden ser naciones cristianas, pero no lo son en ningún sentido. Esas naciones y todas las demás naciones de la tierra forman la organización visible de Satanás. Nadie disputaría el hecho de que las tales naciones llamadas cristianas son naciones de este mundo. Escrito está que Satanás es el dios o gobernante invisible del mundo. (2 Cor. 4:3-4: Jn. 12:31: 14:30).

Satanás ha formado una tremenda y poderosa organización. La parte invisible de su organización se designa en las Escrituras como cielos, en tanto que la parte visible de su organización recibe el nombre de tierra. La parte invisible está compuesta de Satanás y sus ángeles. La parte visible la forman los elementos comercial, político y religioso, combinados para gobernar los pueblos de la tierra.

Satanás es el gran opresor y él usa su organización para oprimir a la gente y mantenerla en sujeción. Dios ha decretado que las obras de Satanás sean destruídas. Una vez que el gobierno de justicia de Dios haya asumido el poder teniendo a Cristo a la cabeza, Dios destruirá a Satanás y sus obras. A este intento fué manifestado el Hijo de Dios, es decir, para destruir las obras del Diablo.» (1 Jn. 3:8).

La verdadera *cabeza* de la parte terrestre de la organización satánica es el elemento comercial o sean los grandes financieros. Estos constituyen el poder que respalda el trono terrestre. El *cuerpo* lo componen los políticos profesionales u hombres de estado, por cuanto ellos son los que tienen el gobierno visible. La *cola* de la organización, la que se mueve de un lado para otro para cegar a la gente, es el elemento religioso guiado por el clero, el que enseña mentiras para inducir a la gente a someterse al dominio opresivo. Esa organización tendrá que perecer. Está escrito: «El anciano y el hombre respetable (el elemento financiero) es la cabeza; y el profeta (el clero y guías religiosos que enseñan cosas falsas) que enseña mentiras, es la cola. Pues son los guías (el cuerpo o grupo de políticos) de este pueblo los que le extravían; y los guiados por ellos caen en destrucción.» (Isa. 9:13-16).

Los orgullosos son los que ahora tienen el dominio sobre la gente. (Mal. 3:15). Los financieros son crueles y opresivos, los políticos son orgullosos y severos, el clero es arrogante, y todos juntos trabajan para oprimir a la gente. Concerniente a los tales dice el Señor: «¡Pues he aquí que viene el día que arderá como horno; y todos los soberbios y todos los obradores de iniquidad serán como hojarasca; y aquel día que viene los abrasará, dice Jehová de los Ejércitos, de modo que no les deje raíz ni rama.» (Mal. 4:1).

Los tres elementos que constituyen el poder dominante de la gente se designan con el nombre de tierra, y los tales se encuentran ahora con gran temor y están

presurosamente preparándose para la guerra a causa de las cosas que ven venir sobre la tierra. Satanás el Diablo se encuentra reuniendo sus fuerzas para la gran batalla del Armagedón. (Apoc. 16:13-16). Estos poderes gobernantes se dan muy bien cuenta de que han violado el pacto eterno al derramar sangre inocente, y Dios dice concerniente a ellos: «La tierra se pone de luto y se marchita, el mundo desfallece y se marchita; desfallece la gente encumbrada de la tierra. La tierra también es profanada bajo sus habitantes; porque traspasaron la ley, cambiaron el estatuto, y quebrantaron el pacto eterno. Por tanto, la maldición ha devorado la tierra, y los que habitan en ella son culpables; por tanto, son abrasados los habitantes de la tierra y pocos hombres son dejados en ella.» (Isa. 24:4-6).

Concerniente a los que voluntariamente han procedido como agentes de Satanás para oprimir a la gente, Dios dice: «¡Y haré embriagar sus príncipes y sus sabios, sus gobernadores y sus magistrados y sus valientes; y dormirán un sueño perpétuo, y no despertarán más, dice el Rey; Jehová de los Ejércitos es su nombre!» (Jer. 51:57).

También se hace alusión a la organización satánica bajo el símbolo de Babilonia; también bajo el símbolo de una bestia feroz que desgarra y maltrata a la gente. Con respecto a los que forman la organización de Satanás dice Dios: «¡Aullad, porque cercano está el día de Jehová! Vendrá como golpe poderoso de parte del Todopoderoso.» (Isa. 13:6).

La «bestia», la cual es la organización satánica visi-

ble compuesta de los tres elementos ya mencionados, entra en lucha contra la organización de Dios bajo Cristo. (Apoc. 19:11). Esa guerra tiene por resultado la destrucción de la organización satánica. «Y ví a la bestia, y a los reyes de la tierra y sus ejércitos, congregados para hacer guerra contra Aquel que estaba sentado sobre el caballo, y contra su ejército. Y fué tomada la bestia, y con ella el falso profeta que había hecho prodigios en su presencia, con los cuales él había engañado a los que recibieron la marca de la bestia, y los que adoraban su imagen. Estos fueron echados vivos en el lago de fuego que arde con azufre. (Apoc. 19:19-20).

El juicio final ejecutado en contra de Satanás y su organización será su completa y eterna destrucción. Dios dice: «Con empeño destruiré a todos los inicuos de la tierra. (Sal. 101:8).

Juicio de la gente

Una vez destruída la organización satánica, la gente que quede en la tierra constituirá el mundo. Está escrito: «Por cuanto Él (Dios) ha determinado un día en que juzgará al mundo habitzdo en justicia, por un Varón a quien Él ha designado, de lo cual ha dado certeza a todos levantándole (a Cristo) de entre los muertos.» (Hechos 17:31).

El Señor no podría juzgar al mundo en justicia hasta tanto que la injusta organización satánica no fuera destruída. Trabajando por medio de sus instrumentos de injusticia, Satanás ha engañado a la gente por muchos siglos y la ha apartado de Dios. Satanás ha hecho ma-

las a las naciones. Cuando él haya sido atado y su organización destruída, no podrá engañar a las naciones por más tiempo y la gente tendrá la oportunidad de aprender la verdad. (Apoc. 20:1-3). Cristo, el gran y justo juez, juzgará entonces a la gente en justicia. Entonces será su examen y prueba. Como está escrito, cuando el reino de Cristo esté plenamente establecido se llevará a cabo el juicio: «Cristo Jesús, el cual juzgará a vivos y a muertos al tiempo de su aparición y de su reino.» (2 Tim. 4:1). Los que se encuentren vivos serán los primeros en ser juzgados. Luego los muertos serán traídos a la vida en la tierra y tendrán una buena oportunidad y prueba. El día del juicio universal en cambio de ser un período de angustia será uno de gran gozo para todos los que obedezcan. Será el tiempo de liberación de la opresión, y un día de bendición. Concerniente a ese día de juicio los predicadores han presentado a Dios en falsos colores y han guiado mal a la gente. Dios nunca les dió autorización para que hablaran. Ahora ha llegado el tiempo en que Dios hará conocer la verdad a su pueblo usando los medios más acertados.

La vista de la causa

Tenga en cuenta siempre que Dios es justo y que sus actos siempre se encuentran en armonía con su ley. Por eso se saca en consecuencia que no podría haber un juicio sin una vista de la causa o prueba de los que han de ser juzgados, por cuanto Dios ha hecho la provisión de que se haga de esa manera. (Jn. 7:51). También se

saca en consecuencia que no podría haber juicio sin un juez, y puesto que esa tarea del juicio ha sido encomendada a Cristo Jesús, ese juicio por Cristo no podría tomar lugar hasta que entrara en sesión su corte. Ese debido tiempo ha llegado. Además, no podría verse una causa hasta tanto que la persona en cuya contra se viera estuviera enterada de ello. Los predicadores han dicho a la gente que todos tienen su juicio o exámen ahora y que su destino se fija cuando mueren. Eso no es verdad. Sólo los que han conocido el plan de Dios o que podían haberlo conocido son los que han sido sometidos a prueba. Algunos han sido probados como individuos y otros han sido juzgados como organizaciones.

Como una ilustración tomemos el pequeño grupo de hombres y mujeres que corrieron a la iglesia para escapar de la tormenta, y que oyeron las palabras del predicador concerniente al juicio de ellos. No estaban siendo juzgados. No podían haber estado a prueba, por cuanto era preciso que primeramente oyeran la verdad. No la oyeron de ese predicador, ni tampoco la habían oído de ningún otro. Se les amenazó con tormento eterno, el cual no existe. Nada se les dijo de la misericordiosa provisión de Dios para la humanidad. Ese predicador no podía ser su juez y ninguna autoridad tenía él para hablarles de la manera que lo hizo. Satanás, el enemigo de Dios, ha ganado el dominio de los predicadores y los ha inducido a predicar doctrinas falsas que han cegado a la gente a la verdad.

Solamente los que se han consagrado a hacer la vo-

luntad de Dios y han recibido su espíritu han sido guiados a la verdad. Eso fué exactamente lo que Jesús dijo a sus discípulos: «Mas cuando viniere aquél, el Espíritu de verdad, él os guiará a toda verdad.» (Jn. 16:13). Los pobres de la tierra hasta el tiempo de la segunda venida del Senor y el establecimiento de su reino, han estado y están ciegos a la verdad a causa de las obras del enemigo y de lo que ha enseñado por medio de sus falsos maestros. (2 Cor. 4:3-4). Ha sido como un velo puesto sobre la gente. En la Biblia la palabra «montaña» se usa para simbolizar el reino de Dios, y la Palabra de Dios hace la aseveración de que cuando su reino sea establecido, será quitado el velo que cubre los rostros de la gente para que puedan ver la verdad. (Isa. 25:7).

¿Por qué es necesaria una vista?

¿Por qué se hace necesario que la gente sea sometida a una vista y con qué fin son probados? La debida respuesta a esta pregunta es bastante importante. Dios creó la tierra para que el hombre viviera sobre ella. (Isa. 45:12-18). Dió a Adán el dominio sobre todas las cosas en la tierra y el derecho de vivir eternamente en ella. Ese derecho estaba dependiendo solamente en la obediencia que Adán prestara a la ley de Dios. No era mucho lo que Dios exigía de él, pero le dijo que no le desobedeciera, y que la desobediencia acarrearía sobre él la pena de muerte. (Gén. 2:17). Estando a prueba, a causa de su desobediencia, el juicio de muerte y expulsión del Edén fué pronunciado en contra de Adán. Fué después de esas experiencias cuando nacier n los hijos

de Adán. Siendo un padre pecador, una criatura imperfecta sobre la que pesaba la sentencia de muerte, no le era posible engendrar hijos perfectos. Por lo tanto sus hijos heredaron los resultados del pecado de Adán. Por eso dice el profeta. «¡He aquí, en iniquidad nací yo, y en pecado me concibió mi madre!» (Sal. 51:5).

A menos de que Dios hiciera provisión alguna para una nueva prueba de la raza humana, al morir todos hubieran perecido. Pero Dios prometió que redimiría al hombre. (Os. 13:14). En su misericordia infinita Dios ha hecho provisión para impedir que la raza humana perezca: «Porque de tal manera amó Dios al mundo, que dió a su Hijo unigénito, para que todo aquel que cree en él, no perezca, sino que tenga vida eterna. Pues que Dios no envió a su Hijo al mundo para condenar al mundo, sino para que el mundo sea salvado por medio de él.» (Jn. 3:16-17).

Jesús, el Hijo de Dios, se hizo hombre. (Jn. 1:14). El vino a la tierra para poder rescatar a la raza humana y dar a la gente la oportunidad de alcanzar la vida. (Mat. 20:28: Jn. 10:10). Rescatar quiere decir el comprar nuevamente o adquirir título con un precio correspondiente. Jesús era un hombre perfecto así como lo fué Adán cuando estaba en el Edén. La muerte de Jesús como hombre corresponde exactamente con el precio de la vida perfecta que el juicio de Dios demandaba de Adán. En su muerte Cristo Jesús fué hecho un substituto de Adán para que Adán y sus descendientes fueran librados del juicio de muerte y de sus efectos. ¿Por quién murió Cristo en la cruz? «Por todos los hombres»

nos dicen las Escrituras. (Heb. 2:9). Ese hecho, al debido tiempo de Dios, será dado a saber a toda criatura humana antes de ser sometida a prueba. «Esto es bueno y acepto delante de Dios nuestro Salvador; el cual quiere que todos los hombres sean salvos, y vengan al conocimiento de la verdad. Pues que para todos hay un solo Dios, y un solo Medianero entre Dios y los hombres, el hombre Cristo Jesús; el cual se dió a sí mismo en rescate por todos; de lo que el testimonio había de darse a sus propias sazones.»—1 Tim. 2:3-6.

El precio de rescate, el cual compra el derecho del hombre, es la base para la concesión de una nueva prueba a Adán y a toda su descendencia. Solamente Adán fué el que en un principio fué sometido a prueba. Su descendencia heredó las funestas consecuencias de su fracaso. Pero ahora, la nueva prueba será individual. En fraseología simbólica el profeta de Dios dice: «En aquellos días no dirán más: Los padres comieron el agraz, y los hijos sufren la dentera. Antes bien, cada uno morirá por su propia iniquidad; y todo aquél que come el agraz, él mismo sufrirá la dentera.» (Jer. 31:29-30). Esto implica que todos serán traídos al conocimiento de la verdad antes de que en realidad sean sometidos a prueba, y cada uno estará en pie o caerá de acuerdo con su propio curso de acción.

Antes de que pueda comenzar la prueba y juicio de la gente del mundo, el camino debe prepararse y los tropiezos deben ser echados a un lado. El tribunal debe designarse y todos los estorbos para la ju ticia tienen

que ser removidos. Entonces el Señor juzgará al mundo en justicia.

Como nación, los judíos fueron sometidos a prueba y el juicio que obtuvieron fué adverso. Las naciones gentiles tuvieron una prueba y una oportunidad para establecer un gobierno en armonía con el proceder de Dios, pero su juicio fué adverso. Los predicadores pretenden ser los representantes de Dios y que sus iglesias son su organización. Han sido sometidos a prueba y el juicio ha sido en contra de ellos. Los financieros pretenden que tienen la habilidad para establecer un gobierno en la tierra que la hará un lugar digno para que viva el hombre; han sido probados, mas el juicio les ha sido adverso. Los políticos pretenden gobernar por derecho divino; han tenido una prueba y el juicio les ha sido también adverso. Satanás y su organización han tenido una prueba, y el juicio en su contra es el de que tanto él mismo como su organización tendrán que perecer. Habiéndose hecho todo eso, queda el campo libre para que las gentes de la tierra tengan una prueba y sean juzgados en justicia, sin que sirva de tropiezo la injusticia. Esto se constituye en prueba o evidencia de que el juicio de la gente del mundo es todavía futuro.

Período de prueba o juicio

Jesús dijo: «Y yo, si fuere levantado en alto de sobre la tierra, a todos los traeré a mí mismo.» (Jn. 15:32). La levantada de Cristo incluye la de los miembros de su cuerpo, y la tarea de atraer a todos los hombres se llevará a cabo durante su reinado. En las Escrituras se

hace claro el punto de que el reino de Cristo, con el objeto de juzgar al mundo, cubrirá un período de mil años. (Apoc. 20:4-6). El día que Dios ha señalado para el juicio del mundo por medio de Cristo no es uno de veinticuatro horas, sino uno de mil años. «Un solo día para con el Señor es como mil años.» (2 Ped. 3:8; Hech. 17:31). Dentro de ese período de tiempo todo ser humano tendrá una plena y completa oportunidad de ser examinado y probado y entonces sus derechos serán determinados por el Justo Juez.

En justicia

Cuando la prueba y juicio de las gentes de la tierra haya comenzado, lejos de encontrarse la gente perfecta o justa, será, por el contrario, muy imperfecta. Lo que se da a entender por un juicio en justicia es lo siguiente: El gobierno que gobernará a la gente será justo por cuanto será el gobierno de Dios. El gobernante invisible y Juez será Cristo, y sus representantes en la tierra serán los fieles del Antiguo Testamento a quienes las Escrituras muestran como héroes de fe que murieron siendo absolutamente fieles a Dios. (Heb. 11:1-39; Sal. 45;16).

En la Biblia se da un cuadro hermoso del día del juicio. La manera en que la gente tendrá que proceder se asemeja a una calzada. «Y habrá allí una calzada y un camino; que será llamado camino de Santidad: no lo transitará el inmundo; sino que Él mismo estará con ellos; el que anduviere en este camino, por torpe que sea, no se extraviará.» (Isa. 35:8).

Una calzada representa un camino despejado y sin dificultades u obstáculos. Por lo tanto representa una manera clara y sin tropiezos para aprender la verdad, para ser obediente a ella y para volver a Dios. El hecho de que la gente no se encontrará limpia y justa al comienzo de la prueba se muestra por el texto que indica que la calzada es con el fin de que la gente sea limpiada antes de que alcance el otro extremo. «Será llamada camino de santidad,» por cuanto la única manera de entrar a ella es por medio de la plena y completa devoción a Dios y a su camino de justicia. Ni el Diablo, ni ninguna de sus agencias, ni ninguna otra cosa serán permitidas que impidan a nadie a conocer y a obedecer la verdad. Por lo tanto, la prueba y juicio serán un camino de alegría para los que se esfuercen por hacer el bien.

Los pobres

Las grandes masas de la gente de la tierra son pobres y muy ignorantes. Siempre han tenido tiempos duros, en tanto que los ricos han sido los favorecidos. ¿Tendrán los ricos y sabios una mejor oportunidad en el día del juicio que la que tendrán los pobres? Seguramente qne no, sino que será todo lo contrario. Los que han sido ricos y han gozado de las ventajas y han vivido en los placeres se han vuelto altivos y orgullosos. Será difícil para ellos el humillarse bajo la poderosa mano del Señor y aprender a hacer lo que es justo. Jesús anunció la regla de acción cuando dijo al clero judío y a los principales entre los judíos: «Será más tole-

rable para la tierra de Sodoma en el día del juicio que para ti.» (Mat. 11:24). La gente de Sodoma era muy ignorante y depravada. El favor gozado por los judíos era mucho mayor por cuanto tenían la Palabra de Dios.

Y lo mismo es hoy en día: Los ricos y los poderosos gozan de las cosas del tiempo presente, tienen mejor educación y mejor oportunidad de conocer la verdad y el buen camino. Los pobres se encuentran mal situados y son mantenidos en la ignorancia. Los ricos y favorecidos son arrogantes y austeros. Acuérdese de la arrogancia y austeridad con que el ministro habló al pequeño grupo de infelices que entraron a su iglesia. Será cosa difícil para los que son arrogantes y severos el llegar a obtener mansedumbre y obediencia. Concerniente a los tales dice el Señor: «Y los de elevada estatura serán cortados, y los altos serán humillados.» (Isa. 10:32) Pero, ¿cómo juzgará el Señor a los pobres?

Las Escrituras contestan que Él guiará al manso y al pobre y los juzgará en justicia. «Con justicia juzgará a los desvalidos, y fallará con rectitud por los mansos de la tierra; y herirá la tierra con la vara de su boca, y con el resuello de sus labios matará al inicuo. Y la justicia será ceñidor de sus lomos, y la fidelidad ceñidor de sus riñones.» (Isa. 11:4-5).

Los mansos son los que desean ser enseñados en el camino de la justicia. «Encaminará a los humildes en la justicia.» (Sal. 25:9). Las palabras del profeta muestran que el período o día de prueba y juicio para los pobres y mansos será un día feliz. «Empero los mansos heredarán la tierra, y se deleitarán con la abundancia

de paz». (Sal. 30:11). «Bienaventurados los mansos porque ellos heredarán la tierra.» (Mat. 5:5). A los orgullosos y altivos, que han hablado palabras vanas y han oprimido al pobre, dice Dios: «Jehová destruirá todos los labios lisonjeros, y la lengua que habla jactancias. Por la opresión de los pobres, por el gemido de los menesterosos, ahora me levantaré, dice Jehová, pondré en salvo al que suspira por ello.» (Sal. 12:3-5).

El Diablo y sus representantes han oprimido al pobre, pero el Señor, como justo Juez, procederá justamente con ellos: «Juzgará a los afligidos del pueblo, salvará a los hijos del menesteroso, y quebrantará al opresor. Porque librará al menesteroso que clamare, al afligido también, y al que no tiene ayudador. Tendrá piedad del desvalido y del menesteroso, y salvará las almas de los menesterosos.» (Sal. 72:4-12-13).

Primero los vivos

El juicio en justicia para el mundo comenzará con los que se encuentren viviendo en la tierra al llegar el tiempo del juicio. (2 Tim. 4:1). No será preciso que todos mueran y vayan a la tumba. Sin duda alguna habrá millones de seres humanos viviendo en la tierra al comenzar el juicio. Hay una gran cantidad de indicaciones de que el juicio comenzará dentro de muy poco tiempo. Lo primero que habrá que hacer será traerlos al conocimiento de la verdad. Dios ha prometido que todas las familias de la tierra serán bendecidas. (Gén. 12:3). Esa promesa implica que han de tener una oportunidad para recibir la gran bendición de vida, que es

la dádiva de Dios por medio de Cristo Jesús. (Rom. 6:53). Nadie puede recibir un obsequio o dádiva a menos de que tenga conocimiento de que se le hace un obsequio. Está escrito: «Luego así como por medio de una sola transgresión, sentencia vino a todos los hombres para condenación, asimismo, también, por medio de un solo acto de justicia, sentencia viene a todos los hombres para justificación de vida.» (Rom. 5:18).

La razón por la cual la gente de la tierra no ha podido discernir la verdad desde hace mucho tiempo es la de que Satanás, el Diablo, por medio de sus falsos maestros, ha cegado el entendimiento de la gente. «Pero si todavía nuestro evangelio está encubierto, para los que se pierden está encubierto; en los cuales el dios de este siglo ha cegado los entendimientos de los que no creen, para que no les amanezca la luz del evangelio de la gloria de Cristo, el cual es la imagen de Dios.» (2 Cor. 4:3-4).

A causa de encontrarnos ahora en el día del juicio de las naciones, de los predicadores y de la organización satánica, los que buscan con diligencia la verdad pueden hallarla. Cuando el gobierno de Dios, representado por un monte, se encuentre en pleno auge y todos los tropiezos hayan sido removidos, entonces Él hará un banquete de cosas ricas de la verdad para la gente y no tendrán dificultad alguna en aprender el camino de la justicia.

Los que ahora están aprendiendo la verdad tienen la ventaja de obtener por adelantado el conocimiento, y ayudados por ese conocimiento se encontrarán en con-

diciones de recibir las tempranas bendiciones del Señor. Pero al debido tiempo todos tendrán la oportunidad de conocer la verdad. La gran fiesta de cosas ricas de verdad que Dios pondrá o hará para la gente se representa en lenguaje poético por uno de los profetas de Dios: «Y en este monte (gobierno) hará Jehová de los Ejércitos, para todas las naciones, un banquete de manjares pingües, banquete de vinos sobre las heces, de manjares pingües de mucho meollo, de vinos sobre las heces, bien refinados. Y destruirá en este monte (gobierno) la cobertura de las caras, la que cubre todos los pueblos, y el velo que está tendido sobre todas las naciones.» (Isa. 22:6-7). En proporción a que los que se encuentren vivos en la tierra comiencen a participar del gran banquete de vida y de verdad, se regocijarán y cantarán sus alabanzas. El día del juicio para ellos será un día alegre.

Los muertos

Por varios miles de años la gente ha estado muriendo. La gran mayoría ha muerto en pobreza y ha ido a la tumba con desesperación. Sus maestros religiosos, especialmente el clero, les han dicho que sus sufrimientos en la tierra no son nada en comparación con los que les esperan en el purgatorio o en el infierno. Algunos clérigos hasta han dicho a la gente que si juntan dinero y lo traen a ellos para que recen a los muertos, ellos lo harían y que de es este modo sería reducido el tiempo que esos muertos tendrían que pasar en el purgatorio. Esas enseñanzas proceden del mismo Diablo.

No existe lugar alguno, llámese purgatorio o lo que se llame, en el que se encuentren sufriendo los que han muerto. Tampoco hay ningún lugar de tormento eterno. La palabra de la cual se traduce «infierno» en la Biblia, significa la condición de la muerte o tumba. Todos los que han muerto, según lo dicho, han ido al infierno de la Biblia. Aun el mismo Jesús estuvo allí por tres días. (Sal. 16:10; Hech. 2:28-34). Al tercer día Dios levantó a Jesús fuera de entre los muertos o del «infierno.» (Hech. 10:40). Puesto que Jesús ha comprado a toda la raza humana por medio de su gran sacrificio de rescate, todos los muertos «duermen en Jesús», y a todos él los sacará de la tumba. (1 Tes. 4:14-17). Dijo: «No os maravilléis de esto; porque viene la hora en que todos los que están en los sepulcros oirán su voz, y saldrán; los que han hecho bien, para resurrección de vida, y los que han practicado lo malo, para resurrección de juicio.» (Jn. 5:28-29. Vea la nota al versículo 24 en la *V. M.)* «Teniendo esperanza en Dios, la cual ellos también esperan, que ha de haber resurrección así de justos como de injustos.» (Hech. 24:15).

Cuando los muertos sean traídos de la tumba, tendrán cuerpos semejantes a los que llevaron a ella, y entonces recibirán una prueba favorable. Primero se les dará conocimiento de la verdad, y a nadie se le permitirá el engañarlos. Se les enseñará lo que deben hacer y podrán sentirse seguros de que lo que se les enseña es la verdad. El despertar de los muertos y su prueba continuará año tras año hasta que todos hayan tenido la

oportunidad de recibir las bendiciones concedidas como resultado del gran sacrificio de rescate.

El clero ahora se esfuerza en impedir que la gente conozca la verdad. En cooperación con sus aliados han puesto en vigor ordenanzas que impiden a la gente sincera que enseñe la verdad a los demás, llevándoles instrucciones impresas concernientes a la Biblia. El Diablo es el genio entre bastidores dirigiendo ese esfuerzo, por cuanto él no quiere que la gente reciba la verdad. Cuando el juicio del mundo comience y esté en progreso, será un tiempo de justicia, y la gente será librada de sus falsos maestros y predicadores, siendo guiada por sendas de justicia. Entonces, ¿cuál será el juicio de las gentes del mundo?

Pecadores e inicuos

El grupo de personas que entró en la iglesia en busca de abrigo y protección, ¿era un grupo de pecadores o de personas inicuas? ¿Existe alguna diferencia entre un pecador y un inicuo? ¿No se manifiesta la ira de Dios en contra de todos ellos? ¿No estuvo correcto el predicador al decirles que la ira de Dios estaba en contra de ellos?

Aun cuando hubieran sido pecadores o inicuos, ese clérigo no tenía autoridad alguna para pronunciar el juicio de Dios en contra de ellos. De haber sabido él la verdad y de haberla dicho a ellos, y lo que el juicio de Dios implica, hubiera hecho algo en provecho de ellos. Pero, por el contrario, mostro a Dios en falsos colores. Existe una marcada diferencia entre un pecador y una

persona inicua. A ambas clases las juzga Dios por medio de su agente ejecutivo, Cristo Jesús. Es bueno que nos apercibamos de la diferencia que existe entre los pecadores y los inicuos porque entonces podremos discernir el juicio de los unos y de los otros.

Pecado quiere decir una transgresión de la ley de Dios. (1 Jn. 3:4). Un pecador es una persona que quebranta o se hace transgresor a la ley de Dios. Una persona puede ser un pecador y con todo no ser un inicuo. Examinemos primeramente los textos bíblicos concernientes al pecado y a los pecadores, y el juicio de los tales, y luego pasaremos a averiguar lo relacionado con los inicuos.

Toda la raza humana se desprende de Adán. Ningún hijo le nació a él cuando se encontraba en el Edén. Fué después de sentenciado a muerte y después de expulsado del Edén cuando Adán engendró a sus hijos. Dios había dotado a Adán con la facultad de transmitir vida a sus descendientes. Bajo sentencia de muerte, Adán no podía engendrar hijos perfectos. Por lo tanto, el resultado fué el de que sus hijos nacieran imperfectos. Ningún ser imperfecto puede guardar la ley de Dios de una manera perfecta. En el mismo instante en que se viola la ley de Dios, el que la viola se torna en un pecador. Al estar el padre sentenciado a muerte sus hijos tenían que nacer imperfectos y, por lo tanto, pecadores. Por eso está escrito: «¡He aquí, en iniquidad nací yo, y en pecado me concibió mi madre!» (Sal. 51:5).

El apóstol presenta bien claro el asunto cuando dice: «Por tanto, de la manera que por medio de un solo

hombre entró el pecado en el mundo, y por medio del pecado, la muerte, así la muerte pasó por todos los hombres por cuanto todos pecaron.». (Rom. 5:12). Todo niño que ha nacido ha venido al mundo como pecador, la única excepción fué Jesús, el cual nació sin pecado por la sencilla razón de que no era descendiente de Adán. Puesto que la entera raza humana ha nacido en pecado y todavía se encuentra imperfecta, ¿cómo es posible para ellos el ser salvos y recibir las bendiciones de Dios?

Él ha hecho provisión para redimir a la raza y traer nuevamente a Él todos los obedientes de entre ella. Esa provisión ha sido hecha en y por medio del sacrificio de Jesús, su amado Hijo. Cuando Adán pecó era un ser humano perfecto, y fué sentenciado a muerte. Jesús, como ser humano perfecto, murió como substituto de Adán. Adán fué el padre de toda la familia humana. Jesús, por medio de su muerte y resurrección ha venido a ser el dueño de toda la raza humana. Está escrito: «Luego, así como por medio de una sola transgresión sentencia vino a todos los hombres para condenación, asimismo también por medio de un solo acto de justicia, sentencia viene a todos los hombres para justificación de vida. Pues de la manera que por medio de la desobediencia de un solo hombre los muchos fueron constituídos pecadores, así también por medio de la obediencia del otro, los muchos suyos serán constituídos justos.» (Rom. 5:18-19).

Por lo tanto se hace evidente que nadie puede ser reconciliado con Dios y recibir la dádiva de vida a me-

nos que tenga una prueba o juicio después de apercibirse de la provisión hecha por Dios. Toda la raza humana, tanto vivos como muertos, pertenecen a Jesús a causa de su gran sacrificio. El traerá a los muertos de la tumba con el fin de darles el conocimiento de la verdad y someterlos a prueba. Pero primeramente dará una prueba a los que se encuentren vivos al tiempo del juicio. El sacrificio de Jesús provee salvación para todos, y todos, por lò tanto, tienen que ser traídos al conocimiento de la verdad. (1 Tim. 2:3-6).

¿Pero acaso todos los niños que mueren antes de alcanzar el uso de razón no van al cielo por cuanto no hay pecado? No. Todo niño ha nacido pecador, y ningún pecador puede ir al cielo. Pero aun cuando es cierto que todo niño es un pecador, sin embargo, ellos no son inicuos. Un niño no puede ser inicuo hasta alcanzar la edad de responsabilidad y hasta que conozca la ley de Dios. «Cristo Jesús vino al mundo para salvar a los pecadores.» (1 Tim. 1:15). A ningunos otros vino a salvar. «Pues que todos han pecado y están privados de la gloria de Dios. (Rom. 3:23).

¿Pero acaso no dijo Jesús que todos los niños iban al cielo? ¿No es ese el significado de sus palabras? «Jesús empero llamólos a sí, y dijo: ¡Dejad a los niñitos venir a mí, y no se lo vedéis; porque de los tales es el reino de Dios.» (Luc. 18:16). Esa es la interpretación que los predicadores han puesto a las palabras de Jesús, pero esa interpretación no es correcta. Dios ha establecido su reino en provecho de todos los que viven en la tierra. Jesús enseñó a sus discípulos a orar: «Venga tu

reino. Sea hecha tu voluntad como en el cielo así también en la tierra.» (Mat. 6:10). Por mucho tiempo Satanás y sus ángeles han constituído los cielos o poder invisible que ha gobernado a las naciones y pueblos de la tierra. Pero ahora Cristo se hará cargo de los asuntos humanos en la tierra y él, junto con los que serán sus asociados, reinarán en provecho de los que ocupan la tierra. (Apoc. 5:10). Con referencia al reino de Cristo está escrito: «Los reinos de este mundo han venido a ser el reino del Señor y de su Cristo y él reinará para siempre jamás.» (Apoc. 11:15). Eso se refiere al tiempo en que Cristo tomará plena autoridad sobre la gente de la tierra.

En las anteriores palabras Jesús no dijo nada con respecto a que los niños habían de ser llevados al cielo. En esas palabras él estaba dirigiéndose al clero de su tiempo el cual era orgulloso y arrogante y muy propenso a hacer alarde. El quiso hacerles entender que ninguno que fuera orgulloso, arrogante y alardoso entraría en el reino. Estaba comparando con pecadores a esos clérigos. Ellos eran más que pecadores por cuanto tenían conocimiento de la Palabra de Dios. Para ilustrar lo relacionado con el juicio en el reino, llamó a algunos de los niños que le rodeaban y, dirigiéndose a los clérigos, les dijo: «En verdad os digo: El que no recibiere el reino de Dios como un niño, no entrará en él.» (Luc. 18:17).

Un niño es enseñable y obediente. En el tiempo del juicio nadie tendrá las bendiciones que ofrece el reino de Dios a menos que en este respecto sea como un ni-

ño. Jesús estaba hablando del reino de Dios, el cual es el mismo reino de los cielos, por cuanto será gobernado por el Señor de los cielos. En ese entonces muchos vendrán de muchas partes de la tierra y se sentarán a los pies de Abrahám y demás hombres fieles en el reino y aprenderán de ellos. «Y yo os digo que muchos vendrán del oriente, y del occidente, y se sentarán a la mesa con Abrahám e Isaac y Jacob en el reino de los cielos.» (Mat. 8:11).

Eso se llevará a cabo aquí mismo en la tierra. Será un tiempo feliz. Millones de niños que han muerto y han ido a la tumba volverán de ella como niños. Serán juntados en grupos y se sentirán ansiosos de aprender las cosas enseñadas por esos fieles maestros que él proveerá para que los instruya. El Señor anunció la regla que se seguirá entonces, mostrando que todos los que quieran recibir las bendiciones del reino tienen que ser enseñables a la manera de niños.

En ese juicio se concederá una oportunidad a todos los pecadores para que se limpien de sus pecados y alcancen la perfección. Los niños se encuentran entre los pecadores y tanto ellos como los demás que tengan una disposición obediente y enseñable, serán juzgados en justicia y, al ser obedientes, recibirán la vida eterna.

Inicuos

Los inicuos son los que son sin ley o voluntariamente la violan. El pecador es también un violador de la ley, pero no es un *voluntario* violador de la ley. La persona tiene que saber que existe una ley antes de que

pueda violarla voluntariamente. El apóstol Pablo dice: «No hubiera yo conocido el pecado excepto por medio de la ley, pues no hubiera conocido el codiciar si la ley no hubiera dicho: ¡No codiciarás!» (Rom. 7:7). Y también dijo: «Pues hasta la Ley hubo pecado en el mundo; empero el pecado no se imputa sin haber ley.» (Rom. 5:13). Una persona inicua, por lo tanto, es la que conoce la voluntad de Dios o su ley, y luego sigue un curso contrario a ella.

Lucero sabía la ley de Dios. Voluntariamente quebrantó esa ley y ha persistido en quebrantarla. Desde que hizo eso ha sido conocido con los nombres de Satanás, Serpiente, Dragón y Diablo. Es el más grande inicuo. Llegó a ser un degenerado. Su curso de acción desde ese entonces ha sido perjudicial. A él no le importan los derechos ajenos y se encuentra por completo dispuesto a hacer lo que es malo. El decreto de Dios en contra de Satanás, el Diablo, es el de que será destruído eternamente. (Heb. 2:14). Ese es y será el juicio en contra de todos los que persistan en hacer lo que es malo. «Jehová . . . destruirá a todos los inicuos.» (Sal. 145:20). Jehová describe a los inicuos cuando dice: «Porque el inicuo se jacta del deseo de su alma, y despojando al pobre, renuncia y desprecia a Jehová. El inicuo por la altivez de su rostro no busca a Dios, no hay Dios en ninguno de sus pensamientos. Sus caminos son torcidos en todo tiempo; tus juicios los tiene muy lejos de su vista; a todos sus adversarios les echa bocanadas de desprecio.» (Sal. 10:3-5). Satanás es el que ha conducido a los hombres a la senda de la iniquidad.

Uno puede encontrarse siguiendo la senda de la iniquidad a causa de la influencia de Satanás, pero al darse cuenta de su curso, puede arrepentirse y volver a la senda de la justicia. Dios es misericordioso hacia los tales y ha hecho provisión para ellos. Su Palabra dice: «Por cuanto no se ejecuta sentencia contra la obra mala muy en breve, por eso el corazón de los hijos de los hombres dentro de ellos está plenamente resuelto a hacer el mal. Pero aunque el pecador haga mal cien veces, y con todo se le prolonguen sus días, sin embargo yo ciertamente sé que les irá bien a los que temen a Dios, por lo mismo que temen delante de Él. Al hombre malo empero no le irá bien, ni tampoco prolongará sus días, los cuales son como una sombra; por cuanto no temen delante de Dios.» (Ecle. 8:11-18).

Muchos de los miembros del clero saben algo con respecto a la ley de Dios y a su plan, y, con todo, siguen un curso inicuo, persiguiendo a los que sinceramente se esfuerzan por decir a la gente las cosas relacionadas con el reino de Dios y con las bendiciones que han de venir. Esos miembros del clero, por lo tanto, son inicuos, y si persisten en seguir ese inicuo curso de conducta, serán eternamente destruídos. Pero si despertaren al peligro y se volvieran a Dios, temiéndole y buscando su misericordia, las Escrituras indican que Dios extenderá su misericordia hasta ellos. Si alguien hace lo justo y luego pasa a hacer lo injusto, será destruído por Dios, pero si el inicuo abandona su camino y se vuelve a Dios, vivirá. Dios ha anunciado su regla de acción en las siguientes palabras: «Cuando tornare el

justo de su justicia, y cometiere iniquidad, morirá por ella; y cuando tornare el inicuo de su iniquidad y practicare la equidad y la justicia, por ella vivirá.» (Eze. 33:18-19).

En el día del juicio el Señor hará las cosas claras para el pecador para que pueda aprender a hacer el bien y vivir. «Bondadoso y recto es Jehová; por tanto dirigirá a los pecadores en el camino; encaminará a los humildes en la justicia; enseñará a los humildes su camino.» (Sal. 25:8-9). «Dice el insensato en su corazón: ¡No hay Dios. Se han corrompido, hacen abominable maldad; no hay quien haga bien!» (Sal. 53:1). «Así enseñaré a los transgresores tus caminos, y los pecadores se convertirán a tí.» (Sal. 51:13).

El Señor no guiará ni enseñará al inicuo; pero si éste dejare su iniquidad y se volviere a Dios y buscare la justicia y la hiciere, tendrá la misericordia del Señor. Dios no se complace en la muerte del inicuo. (Eze. 33:11). El destruirá al inicuo para su propio provecho y para provecho de los demás. Dios es amor. Su misericordia es eterna. (Sal 136:18). «Benigno y compasivo es Jehová; lento en iras y grande en misericordia. Jehová es bueno para con todos, y sus piedades sobre todas sus obras.» (Sal. 145:8-9). De modo que todos tendrán una plena oportunidad de conocer a Dios y de hacer su voluntad; y mientras se haga un sincero esfuerzo para hacer el bien y para obedecer los mandamientos de Dios, se podrá gozar de su misericordia y ayuda.

Hay millones de personas en la tierra que no conocen a Dios y que no tienen informes concernientes a los

medios por Él preparados para la salvación y bendición de la raza humana. A éstos se les da el nombre de paganos. Se encuentran degradados y en ignorancia. Pero Jesús murió por ellos también, lo mismo que por los demás. Todos los paganos tienen que ser traídos al conocimiento de la verdad. La misericordia de Dios será extendida a todos ellos, y si aceptan la verdad, y si hacen caso y obedecen al Señor, el juicio corcerniente a ellos será el de bendiciones y vida eterna.

Los malos

Después de que uno ha obtenido el conocimiento de la verdad de Dios y después de haber tenido una plena oportunidad de mostrar su obediencia a ella, si persiste en hacer el mal, morirá y no vivirá. «Destruirá (Jehová) a todos los inicuos.» (Sal. 145:20). Eso no quiere decir que Dios mandará a alguien a un tormento eterno, sino que los malos serán destruídos con destrucción eterna, siéndoles imposible una resurreccion. (2 Tes. 1:9). Los tales, por su proceder, habrán demostrado que no aprecian la bondad de Dios ni la oportunidad que les ofrece de alcanzar la vida; por eso, esa oportunidad les será removida eternamente.

Los obedientes

El mayor deseo del hombre es la vida eterna en felicidad. El juicio que se rendirá al final de la prueba será el de conceder la vida eterna a todos los que obedezcan al Señor. La vida es la gran dádiva de Dios por medio de Jesucristo Nuestro Señor. (Rom. 6:23). Ningún otro

nombre ha sido dado debajo del cielo por medio del cual podamos ser salvos y obtener la vida. (Hech. 4:12). La promesa es al efecto de que los que crean y obedezcan a Cristo, el gran Juez, no perecerán, sino que recibirán vida eterna. (Jn. 3:16-17). Por boca de todos sus santos profetas, Dios hizo la promesa de que concedería las bendiciones de restitución a todos los que le obedecieran. (Hec. 3:19-24). Restitución quiere decir el restaurar al hombre a todo lo que se perdió a causa de la desobediencia de Adán, lo cual incluye el gozar de vida eterna en perfectas condiciones, y en la tierra.

Muchos de los pobres de la tierra han sido clasificados como hombres y mujeres inicuos. Sin embargo, la mayor parte de ellos no han sido tan malos como los que han tenido dominio sobre ellos. Es cierto que muchos han robado y han cometido crímenes, pero algunos se han visto forzados a robar para poder conseguir alimento, y han sufrido castigo por ello.

También es muy cierto que muchos de los ricos han robado en una escala mucho mayor y, con todo, han quedado libres. «Wall Street» (la Calle Wall) de la ciudad de Nueva York se conoce como la «bolsa» o gran mercado de acciones y bonos, o el lugar en que se verifican operaciones que tienen que ver con acciones, seguridades, bonos, granos y otras cosas. Los que hacen ese tráfico frecuentemente comienzan sin un centavo, pero no pasa mucho tiempo sin que sus haberes pasen de millones. Manipulan y tratan con lo que otros han producido y se enriquecen por ese medio. Su conciencia debe dolerles de vez en cuando y por eso algunos de

ellos buscan alivio. En un extremo de esa misma calle se encuentra la iglesia de la Trinidad. Esa iglesia cuenta con más de cincuenta millones de pesos. Los clérigos encargados de ella han reservado un lugar para los ricos. Cuando les queda un rato libre, algunos de esos jugadores de bolsa corren presurosos allí a orar o a que oren por ellos para que salgan bien con sus planes. Por supuesto que esas oraciones de nada sirven.

Los miembros del clero se encuentran en peor situación que los jugadores de bolsa, por cuanto pretenden representar a Dios, pero de hecho le calumnian y son, en cambio, representantes de su enemigo. No se necesita discutir mucho para probar que tanto el clero como los jugadores de bolsa son inicuos. Es posible que su inicuo curso de conducta haya sido inducido por Satanás el Diablo. Si en el tiempo del juicio éstos oyen y obedecen la verdad y la justicia, el juicio les será favorable. Concerniente a los tales está escrito: «Asimismo, cuando el malo se arrepiente de su maldad que ha hecho y obra según el derecho y la justicia, conseguirá la vida de su alma. Por lo mismo que considera y se vuelve de todas sus transgresiones que ha cometido, ciertamente vivirá; no morirá.» (Eze. 18:27-28). Por supuesto que será más difícil para ellos el mantenerse en la senda de la justicia que lo será para los pobres y humildes.

Tiempo de regocijo

El tiempo del juicio de la gente del mundo será uno de gozo para todos los que obedezcan al Señor. No tan

Reconciliación

POR EL JUEZ RUTHERFORD

Muchos han preguntado: «¿Cuál es el origen del hombre? ¿Cuál es su destino? ¿Por que hay tanta pobreza en la tierra? ¿Cuál es el motivo de tanta enfermedad y de la muerte? ¿Cómo podemos saber si llegará día en que el hombre sea traído a una condición de plena armonía con Dios y al goce de la bendición de la vida eterna?» Todas estas preguntas y otras muchas estrechamente relacionadas con ellas, las contesta el autor, presentando como evidencia las claras expresiones que Dios ha hecho registrar en su Palabra en cuanto a su propósito de traer al hombre a una condición de plena armonía con él, para que los obedientes puedan obtener vida eterna en la tierra, disfrutando de dicha y felicidad. Trata de los diferentes pactos que Dios ha hecho con el fin de llevar a cabo estos propósitos.

Empastado en tela,
con hermosas láminas en colores, 336 páginas
2,50 PESETAS

La Torre del Vigía, Apartado 321, **Madrid**

sólo se enterarán de que es el tiempo de ser librados de la mano del opresor, sino que además verán ante ellos la esperanza de vida eterna y de felicidad, junto con todas las cosas relacionadas con ella.

Uno de los nombres de la organización de Dios, de la cual Jesús es la Cabeza, es el nombre de Sión. El profeta de Dios pinta a los muertos volviendo de sus tumbas, y, junto con los vivos, acudiendo a Sión. Acuden a Sión con regocijo eterno por cuanto se aperciben que el tiempo del juicio del Señor ha abierto para ellos el camino a la bendición. El profeta dice: «Y los rescatados de Jehová volverán, y vendrán a Sión con canciones; y regocijo eterno estará sobre sus cabezas; ¡alegría y regocijo alcanzarán, y huirán el dolor y el gemido!» (Isa. 35:10).

Entonces los que oigan y entiendan se regocijarán con las palabras de Jesús: «En verdad, en verdad os digo: Si alguno guardare mi palabra, no verá jamás la muerte.» (Jn. 8:51). «Y todo aquél que vive y cree en mí no morirá jamás. ¿Crees esto? (Jn. 11:26).

Dios hizo la tierra para el hombre. Hizo a todos los hombres de una sola sangre para que habitaran en ella, y ha fijado los límites o términos de la habitación del hombre. «E hizo (Dios) de una misma sangre a todas las naciones de los hombres, para habitar sobre la haz de la tierra, fijando sus tiempos señalados, y los términos de su habitación.» (Hech. 17:26).

Dios ha prometido hacer, y hará, de la tierra un verdadero paraíso para que sirva como eterno hogar de los obedientes y restaurados. El desierto y los lugares desolados vendrán a ser como el jardín del Edén. (Isa. 35:1-7; Eze. 36:34-36).

El Señor será por completo imparcial en su juicio. Ha prometido restaurar a los obedientes y darles un perfecto hogar, y Él llevará a cabo su promesa al pie de la letra. (Isa. 46:11). No permitirá que uno edifique una casa y que otro se la arrebate. Cada cual vivirá entonces en su propia casa. (Isa. 65:21-22). Nadie entonces destruirá inconsideradamente los árboles que hermosean la tierra, ni la dejarán desolada como ahora. Cultivarán la tierra y plantarán árboles y la harán un lugar hermoso y glorioso. Cada cual entonces será dueño de su vid y se sentará bajo los árboles a gozar de paz y felicidad sin que nadie lo espante, ni tenga nada que temer. (Miq. 4:4).

Que los pobres, humildes y angustiados cobren aliento y tengan buen ánimo. Es bueno recordar que los sufrimientos y dificultades han capacitado a cada cual a simpatizar y considerar a su semejante en su flaqueza. Todos se regocirán al ver a sus prójimos bendecidos. El día del juicio para el mundo será uno de regocijo para los que obedezcan, trayéndoles gozo inefable. Y una vez que hayan sido destruídos los inicuos, y habiendo llegado a ser obedientes todos los demás, entonces la misma muerte tendrá su fin. Durante su reino Cristo destruirá a todos los enemigos del hombre, incluso a la muerte. (1 Cor. 15:25-26).

El justo gobierno de Dios se compara con una ciudad santa que trae paz, salud, vida y felicidad eternas a todos los habitantes obedientes de ella. Tratando del tiempo en que haya terminado el juicio y mostrando sus glorioros resultados, se nos dice: «Y oí una gran

voz procedente del cielo, que decía: ¡He aquí el tabernáculo de Dios está con los hombres, y él habitará con ellos, y ellos serán pueblo suyo, y el mismo Dios con ellos estará como Dios suyo! Y limpiará toda lágrima de sus ojos; y la muerte no será más; ni habrá gemido, ni clamor, ni dolor: ¡porque las cosas de antes han pasado ya! Y Aquel que estaba sentado sobre el trono, dijo: ¡He aquí yo hago nuevas todas las cosas! Y dijo: ¡Escríbelo; porque estas palabras son fieles y verdaderas!» (Apoc. 21:3-5).

Cuando el joven de que tratamos al principio de este folleto, el cual salió en compañía del grupo que entró en la iglesia en busca de abrigo en esa tormentosa noche de invierno, se apercibió del misericordioso plan de Dios y de su bondad para con el hombre, se regocijó en gran manera. Se sintió agradecido de haber presenciado el incidente ocurrido en la iglesia, siendo testigo de la dureza con que había sido tratado el pequeño grupo de indigentes, por cuanto esto le había inducido a buscar la verdad en la Palabra de Dios. También se apercibió de que el mayor privilegio del hombre es el de hacerse ahora del lado de Jehová Dios, obedecerle y servirle. Inmediatamente resolvió salir a hablar a sus semejantes con respecto a la bondad de Dios y señalarles las buenas cosas que esperan al pobre mundo en el día del juicio. Se dió cuenta que al seguir ese curso de conducta traería alegría a algunos corazones adoloridos y aligeraría la carga de otros. También se decidió a cantar las alabanzas del nombre de Jehová. Es vuestro privilegio, queridos lectores, proceder de la misma manera.

BUENAS NUEVAS DEL NUEVO REY

Las simples, amenas y lógicas explicaciones del plan de Dios para librar a la raza humana de la tristeza, las enfermedades, el egoísmo, la opresión y la muerte que la asedian, tal como las presenta el Juez Rutherford, hacen cierta la aseveración de que la verdad es a veces más extraña que la ficción.

Toda expresión del autor se encuentra en armonía con la razón y ampliamente corroborada en la Palabra de Dios. No hace apología alguna por el Dios que presenta la Biblia; sino que dirige la mira de sus lectores hacia la majestad y sabiduría del Creador, dejándolos asombrados y sumamente satisfechos.

El programa divino para traer al hombre la felicidad y vida eterna aquí en la tierra, según se expone en los libros del Juez Rutherford: EL ARPA DE DIOS, LIBERACIÓN, CREACIÓN, RECONCILIACIÓN y GOBIERNO, hacen comprensibles todos los misterios de la vida.

Por siglos la gente ha creído que el clero y sus maestros en teología eran los únicos que podían entender y explicar la Biblia. Pero, ¡qué gran confusión! ¡qué cúmulo de contradicciones! ¡qué bárbaro destrozo han hecho esos guías de la confianza que la gente ha depositado en ellos!

AHORA, gracias al Juez Rutherford, es fácil llegar a un claro y cabal entendimiento de la Palabra de Dios. Las explicaciones del autor son simples, directas y exentas de ambiente eclesiástico. En realidad, sus libros están escritos de tal manera que aun los que hasta ahora han entendido muy poco de la Biblia pueden comprender y apreciar el maravilloso plan de Jehová para bendecir a todas las familias de la tierra.

Llamamos particularmente su atención sobre las publicaciones detalladas en las páginas 17, 25, 57 y al final de este librito. (Algunos de estos libros se publican en más de 40 idiomas).